

Imágenes para la memoria, imágenes para el olvido El arte militante de Jonathas de Andrade

Susana Guerra¹

Ser humano es ser un hombre blanco.

Frantz Fanon

Para construir este mundo que nos es común,
será preciso restituir a aquellos y aquellas que
fueron sometidos a procesos de abstracción y de
cosificación en la historia la parte de humanidad
que les fue robada.

Achille Mbembe

Gran parte de los brasileros vivió siempre y continúa viviendo hoy en un permanente estado de excepción. Su cotidiano está marcado por la manutención y propagación del racismo y de la desigualdad social, estados de violencia e injusticia que prolongan relaciones políticas y sociales fundadas en la colonia. En los extremos de cualquier ciudad, los blancos de la violencia siguen siendo los mismos: los periféricos - pobres, mujeres, jóvenes, en su aplastante mayoría².

Los episodios se suceden a una velocidad difícil de asimilar; hablan de persecuciones y muerte, y también de la solapada indiferencia con la que encaramos las situaciones a las que se encuentran sujetos todos esos seres humanos en virtud del color de su piel³. De la apología a la tortura y a la justicia popular a través de la televisión (como en el caso de Rachel Sherazade, presentadora de las noticias de la noche de la SBT⁴), a la impune actuación de milicias y grupos de exterminio⁵, pasando por la violencia policial en las

¹ UFRN Universidade Federal de Rio Grande do Norte (Natal, Brasil)

²Entre 2012 y 2016, el número de brasileros que se autodeclaran negros aumentó 14,9% en el país. En el mismo período creció la cantidad de los que se consideran pardos, al tiempo que disminuyó el porcentaje de blancos en la población. Es lo que revela la *Pesquisa Nacional por Amostra de Domicílios Contínua (PNAD)*. Ya en 2016 la población saltó para 205,5 millones de habitantes (un aumento del 3,4%) y los blancos dejaron de ser mayoría, representando 44,2% (una caída del 1,8%). Los pardos pasaron a representar la mayor parte de la población, 46,7%, y los negros el 8,2%.

³No sé si soy capaz de hablar sobre el genocidio que está teniendo lugar en Brasil, pero hay algunas cosas que no puedo dejar de señalar. El mapa de la violencia apunta Brasil como el país que más mata en el mundo en números absolutos, totalizando 56000 personas asesinadas en 2012. De acuerdo al Atlas de la Violencia de 2018, entre 2006 y 2016, mientras que las ejecuciones de negros y negras crecieron 23,1% los asesinatos de blancos disminuyeron 6,8%. En 2016 la tasa de mortalidad de negros llegó a 40,2 cada cien mil habitantes. Entre no-negros esa tasa cae para 16. Es como si negros y no-negros viviesen en países completamente diferentes.

⁴La periodista afirmó: “El contra-ataque a los bandidos es lo que llamo legítima defensa colectiva. A los defensores de los derechos humanos que se apiadaron del marginal preso al poste de luz, lanzo una campaña: haga un favor al Brasil y adopte un bandido”.

⁵ “Sabemos que, actualmente, existen escuadrones de la muerte en, al menos, 15 estados brasileros, relata Tim Cahill, investigador de Amnistía Internacional. Por otra parte, los informes de las organizaciones internacionales revelan que “la policía brasilerana mata mucho”.

favelas (como en el caso de Amarildo, torturado, muerto y desaparecido a manos de la Policía Pacificadora de la comunidad de Rocinha en 2013), en todos los casos hay siempre un elemento común: el hecho de que las víctimas son pobres y negras.

En *Cultura y civilización*, Cheikh Anta Diop recuerda que, al ser negado el espíritu y la cultura, el cuerpo queda expuesto. El cuerpo negro parece ser ejemplo de cómo ciertos cuerpos son expuestos de forma desnuda, así como del modo en que son abandonados a su suerte. Eso resuena en la indiferencia con la que recibimos esas noticias sin que causen en nosotros una crisis ética. Lo que realmente debería ser la gran noticia es que en Brasil se vive en medio de una guerra civil no declarada, de gran intensidad, con un recorte étnico y de clase de las víctimas. Podemos preguntarnos cómo será vivir así; y quizá, también, qué ocurre con aquella parte de la población brasilera que no es objeto de exterminio, que no sabe ni quiere saber de la persecución a la que se encuentra condenada la otra parte. ¿Cómo puede ser que existan humanos que son víctimas de una acción concertada de exterminio y que existan humanos que, no siendo víctimas, no les importe?

Aparentemente, los números no son capaces de conmover a la sociedad brasilera. Una indiferencia similar inquietó a James Baldwin, que hace más de cincuenta años se preguntaba si ese estado de apatía que demostraban las personas por la desgracia de sus semejantes negros tendría que ver con la imposibilidad de imaginar los cuerpos sacrificados por debajo de los privilegios blancos⁶. También suscitó la perplejidad de Wole Soyinka, que exponía la connivencia de la sociedad sudafricana con las prácticas segregacionistas del *apartheid*, dado que ninguna evidencia del holocausto negro parecía capaz de colocar en causa ese silencio.

Los tiempos cambiaron pero no podemos engañarnos: el racismo continúa alojándose en las brechas de nuestras democracias liberales. De hecho, el Estado democrático es en gran medida responsable, directa e indirectamente, por el aumento de la violencia sobre la población negra. La responsabilidad directa puede asociarse a las acciones de los órganos represores -el agente del estado (la policía militar) aprieta el gatillo, actúa de forma violenta en los territorios periféricos, con el pretexto de la *guerra a las drogas* y/o la defensa del patrimonio privado. La responsabilidad indirecta puede encontrarse en la indiferencia de las instituciones ante las profundas desigualdades sociales asociadas a la concentración de la riqueza en manos de muy pocos, siguiendo un modelo que tiene raíces históricas en la esclavitud y se arrastra hasta hoy; pero también en la inacción de los gobiernos ante factores estructurales aumentan la desigualdad, como el desempleo, la ausencia de oportunidades, la precarización de la salud y de la educación, etc.⁷.

La conciencia que se encuentra en la base del racismo tiene origen en un proceso que, a fuerza de asociar a las personas negras a características negativas, acaba por privarles del carácter humano primordial, para inscribirlas en un lugar subalterno. Como vimos, este proceso de des-humanización se materializó y sigue materializándose a través de

⁶Kenneth Clark, *Interview*, 24 de Mayo de 1963. Disponible en: www.youtube.com/results?search_query=baldwin++Kenneth+Clark+interview

⁷Estas desigualdades generan un aumento de la miseria y consecuentemente son factores estructurales que contribuyen al aumento de la violencia.

las más diversas formas de representación (en el cine, en la comunicación social e incluso en los libros escolares). Si en el siglo XIX las representaciones estereotipadas sobre África y los africanos construyeron un imaginario que sirvió para justificar la dominación colonial, hoy, en Brasil, su función se renueva al reforzar la discriminación social, negando la plena humanidad y ciudadanía a los afrobrasileros. Uno se pregunta, como se pregunta Mbembe (2018: 22), si seremos alguna vez capaces de establecer con ellos relaciones distintas de las que ligaban al señor a sus esclavos.

El racismo en la sociedad brasilera es un racismo enmascarado, que sólo se manifiesta cuando las personas salen del lugar que les fue impuesto socialmente y osan ocupar un espacio que les está vedado -la confrontación social no se nombra y no existe desde que nadie salga de su lugar.

Pero el racismo es una realidad mortífera y mortificante, que se revela en la producción de vida desnuda, tal como fue definida por Agamben, en el seno de la sociedad brasilera contemporánea. Eso remonta ciertamente a los tiempos de la colonia y la esclavitud, pero conoce manifestaciones crueles todavía hoy en una escala difícil de asimilar.

Produce y administra una desigualdad de fondo que ni los recientes procesos de redistribución de la riqueza que tuvieron lugar en el Brasil consiguen alcanzar. Se trata de un fenómeno de subjetivación y de sujeción en el cual la precariedad se confunde con el abandono de una parte importantísima de la población a las milicias y el tráfico, el desempleo y la falta de oportunidad, la discriminación y el prejuicio: “Y como sólo la muerte es innegable, y el racismo sigue matando diariamente, si no pensamos en actuar sobre su raíz, que es la creencia en que los seres humanos se dividen en razas y que una es superior a las otras, las muertes seguirán sucediéndose” (Babiker, 2017).

¿Qué cosa puede apelar, se preguntaba Soyinka, a la raza humana? ¿Cómo podemos salir del actual estado de cosas, en dirección a un mundo libre de las prácticas racistas que atraviesan incólumes nuestras sociedades, para que, como decía Baldwin, llegue el día en que las personas negras puedan pasear tranquilamente por la calle sin la sensación de que llevan un blanco dibujado en la espalda?

Jonathas de Andrade nació en Maceió en 1982. Graduado en comunicación social por la Universidad Federal de Pernambuco, posee una obra que comprende instalaciones fotográficas, acciones e investigaciones urbanas. Objeto de exposiciones individuales en São Paulo, Rio de Janeiro y Recife, y participante de la séptima Bienal del Mercosur en 2009, actualmente desenvuelve un proyecto titulado “Documento Latino-américa: conducción a la deriva”, una investigación de inmersión en países de América del Sur. En 2017, como parte de la exposición *Cuerpo a cuerpo: la disputa de las imágenes, de la fotografía a la transmisión en vivo* (IMS Paulista), presenta una serie de fotografías - *Yo, mestizo*⁸ - que de alguna manera responden a las cuestiones levantadas por Soyinka y Baldwin. Parte de más de una centena de retratos, realizados en un estudio portátil entre 2016 y 2017, de personas de varias partes del país (São Paulo, Maranhão y Bahía), exhibiendo reacciones y poses múltiples variadas, rostros y cuerpos, fisionomías y

⁸“Yo, mestizo” –título que hace referencia a la obra “Yo, un negro”, de Jean Rouch – discute los riesgos de juzgar a los otros por las apariencias, exponiendo el racismo latente en nuestra sociedad. Ver Catálogo

gestos.

Andrade fotografió a las personas tanto en poses espontáneas como escenificadas. Más tarde, imprimió las imágenes en gran formato en cartón. Como señala el catálogo de la exposición, “la repetición de torsos, ángulos, expresiones faciales, evoca una gramática terrible y conocida, puesta en escena desde el siglo XIX, cuando los cuerpos eran fotografiados por la ciencia colonial para satisfacer el gusto burgués o sostener frágiles tesis antropológicas” (Nogueira, 2017).

La obra de Andrade presupone un diálogo explícito con la investigación realizada durante la década de 1950 por Charles Wagley, “Razas y clases en el Brasil rural”, que se destacaría entre los estudios sobre la relaciones raciales en Brasil que eran conducidos desde los años treinta.

Wagley pretendía poner a prueba ciertos estereotipos de raza, ponerlos a prueba ante la opinión pública de la época, sometiendo fotografías a la consideración de las poblaciones del norte y del nordeste de Brasil. No se trataba de una experiencia sin presupuestos; por el contrario, apostaba a confirmar el ideario asimilacionista del imaginario nacional de aquellos años, que predicaba que en el país reinaba una verdadera democracia racial. En otras palabras, la investigación de Wagley ya cargaba en sí sus conclusiones: de existir preconcepto en Brasil, no sería por cuestión de color. En ese sentido, contaba con el apoyo implícito de las élites y de las autoridades brasileras, que esperaban que el estudio viniese a reforzar la interpretación oficial: no había problemas raciales en el país.

Las preguntas dirigidas a los entrevistados eran realizadas en cuanto estos contemplaban una serie de fotografías de *tipos brasileiros*, con diferentes tonos de piel, y versaban sobre cosas como: qué persona sería más atractiva, cuál sería más rica y cuál más trabajadora o más honesta - así como sobre las personas que elegirían entre todas para ser sus vecinas, amigas o cuñadas. Se esperaba, como decíamos, confirmar la visión defendida, negando la existencia del racismo en Brasil, o afirmando lo que era caracterizado como *racismo de leve* (algo así como *racismo superficial*).

Con todo, retrospectivamente tendemos a pensar que el estudio de Wagley acabaría por revelar justamente que los preconceptos existían, y que el modelo de integración social, celebrado por las élites blancas, era apenas una ficción ideológica.

La obra de Andrade busca subvertir la lógica del informe de Wagley. Pero su intervención no pasa por la crítica tradicional, por la de-construcción o la genealogía del estudio en cuestión. Antes, enfocando su atención en la producción de imágenes afirmativas y alternativas, inclusive cuando en algunos casos puedan venir a transfigurar conocidas imágenes de archivo, busca propiciar una reacción crítica en el espectador como suplemento de la experiencia placentera de reconocimiento de lo que las propias imágenes contribuyeran a ocultar. Si pone en juego fragmentos del estudio de Wangley (en segundo plano⁹), es para implosionar las tesis que este pretendía corroborar por superabundancia de expresión, esto es, por el aparecer prodigioso y proliferante de los

⁹Las palabras de Wagley son incorporadas en la exposición en una cinta que acompaña las fotografías, pero debajo de las obras, no arriba, tornado anónimo al antropólogo, mientras ganan el primer plano las fotografías de esos anónimos que el libro de Wagley reducía a mero objeto de investigación (Schwarcz; Andrade, 2017).

rostros, cuerpos, posturas y expresiones que recogen sus fotografías -o que sus fotografías contribuyen a promocionar.

Es como si, confrontado con ese pesado aparato ideológico, apelase a la ligereza de imágenes sin contenido programático ni intención polémica. Sus retratos dan a las preguntas del estudio de Wagley la única respuesta posible: una respuesta al mismo tiempo silenciosa e imponente, porque los rostros de las personas fotografiadas por Andrade nos atraen, nos enriquecen, trabajan en nosotros, nos dirigen una mirada honesta, y nos colocan en una vecindad imponderable, en la cual se insinúa la utopía, discreta y sin embargo inestimable, de la que hablaba Baldwin.

Incluso impresas en cartón barato, incluso remitiendo a los clichés visuales de la antropología y la publicidad (Nogueira, 2017), las fotografías de Andrade son capaces de eso: dan lugar a una visión singular de lo que, estando siempre frente a nosotros, raramente vemos; invierte el sentido impuesto a esos rostros mascarados por el poder y por la ciencia colonial, nos obligan a repensar la relación que establecemos con sus imágenes: los modos en que son vistos y dados a ver los negros en un país como Brasil. Invertiendo la tipología de las representaciones etnográficas, las imágenes de Andrade dan a ver una variedad humana que no se conforma con tipificación alguna. Sus fotografías son parte de esa empresa colectiva de articular un lenguaje propio, reivindicando en él el estatuto de sujetos plenos del mundo vivo, remontando hasta las fuentes perdidas de una negritud barrada que carga en su reescritura promesas de emancipación (Mbembe, 2018: 14 y 84).

Como recuerda Lilia Moritz Schwarcz, la cuestión racial nunca fue confrontada abiertamente en Brasil, sino que fue complicada en un proceso de invisibilización y silenciamiento, mal contenido en estereotipos que constituyeron durante siglos y en gran medida siguen constituyendo verdaderas gramáticas visuales. Los retratos de Andrade son una forma de echar luz sobre esa dimensión omitida de Brasil, de dar un rostro al anonimato de tantos, y por lo mismo de hacer oír una afirmación largamente silenciada, que no espera reconocimiento, porque lo impone por la belleza¹⁰.

La gloria de cualquiera, que según Rancière define el arte a partir del siglo XIX, es concedida por Andrade a aquellos que la etnografía encerraba en los estrechos límites de la ciencia colonial, perpetuados por el racismo contemporáneo. El antiguo encuadramiento cae bajo su propio peso. Un joven que carga un saco mira a la cámara con orgullo (como los trabajadores rurales de Walker Evans), un albañil descansa tranquilamente en una pausa de la jornada (como los agricultores de Millet y más tarde los de Van Gogh), el tronco desnudo de un hombre reluce bajo una luz apolínea (como en el *Cipião* de Cezanne que está en el MASP, o, mejor, como en los campeones de Basquiat). El glamour y la pompa de la fotografía, reservados en general a las grandes figuras del poder y del espectáculo, encuentra en esos rostros y cuerpos anónimos su objeto propio. La técnica, el arte, el oficio de la fotografía puestos al servicio de todos y no importa quien, revelando identidades singulares detrás de las reducciones colectivas,

¹⁰Schwarcz prefiere presentar el trabajo de Andrade como una “apologética de lo feo” (Schwarcz; Andrade, 2017).

señalando críticamente diferencias ahí donde imperaba la proyección acrítica de lo mismo. En las palabras de Schwarcz: “A pesar de anónimos, sus actos no recuerdan los tipos anatómicos que revelaban jerarquías sociales estrictas - recuperan gestos individuales, formas personales de querer estar presente, la iniciativa, la voluntad de hacer parte; queda la individualidad, los gestos que pasan por el arbitrio de cada uno, el lenguaje corporal que acomoda e intriga” (Schwarcz; Andrade, 2017). Asombrosamente, abriendo la herida de la subjetividad negra, esto es, revelando una subjetividad donde no era presupuesta, Andrade abre la herida de su negación en una sociedad racista -no *racista de leve*, sino estructuralmente. No predica sobre eso, pero abre un espacio para la reflexión, en el cual la alegría de las imágenes que nos ofrece tal vez pueda alimentar la revuelta ante las imágenes de la violencia naturalizada que pesa sobre miles, sobre millones de personas a las cuales les es negado inclusive el derecho a un rostro.

Bibliografía

Andrade, Jonathas de(2017) “Eu, mestiço: Entrevista a Andrade” en *Corpo a corpo - A disputa das imagens, da fotografia à transmissão ao vivo* Catálogo (São Paulo: Instituto Moreira Salles). <http://cargocollective.com/jonathasdeandrade/eu-mestico>.

Babiker, Sarah (2017) El Salto. <https://www.elsaltodiario.com/autor/sarah-babiker>

Guimarães, Antonio Sérgio Alfredo(1996) “As elites de cor e os estudos de relações raciais” en *Tempo Social*; Rev. Sociol USP (São Paulo) Vol. II, Nº 8.

Laraia, Roque de Barros(1979)“Relações entre negros e brancos no Brasil” en *Revista Brasileira de Informação Bibliográfica em Ciências Sociais - BIB* (Rio de Janeiro), Nº 071.

Mbembe, Achille (2018)*Crítica da razão negra*(São Paulo: N-1 edições).

Nogueira, Thyago 2017“Corpo a corpo - A disputa das imagens, da fotografia à transmissão ao vivo: Texto do Curador” (São Paulo). <https://ims.com.br/2017/09/12/sobre-corpo-a-corpo/>. Disponível em maio de 2018

Schwarcz, Lilia; Andrade, Jonathas de(2017)“Jonathas de Andrade e Charles Wagley: ‘Nós, mestiços’” en *ZumRevista de fotografia*. <https://revistazum.com.br/exposicoes/jonathas-andrade-eu-mestico>